

EL MARTIRIO DE SAN PEDRO.



El martirio de san Pedro por el Ticiano.—Grabado de GODARD, de Alençon.

Todo el mundo dice: « En pintura hay tres obras maestras que son : la *Transfiguración* de Rafael, el *Martirio de san Pedro* del Ticiano, y la *Comunion de san Gerónimo* del Dominiquino. » Juicios emitidos así no deben tomarse al pie de la letra por lo metódicos y absolutos. Tan difícil es deter-

minar cuales son los tres mejores cuadros del XV, XVI, y XVII siglos, como lo sería el decir quienes son los tres hombres mas eminentes que ha habido en la humanidad. ¿Dónde está la regla positiva é infalible para medir con exactitud los hombres y su jenio? Por nuestra parte, apun-

haremos solo que el *Martirio de san Pedro* es acaso la mejor obra del Ticiano, uno de los mas grandes pintores que ha tenido la Italia en sus buenos tiempos. El cuadro en cuestion estuvo en Francia donde formó parte del museo imperial, así como la *Transfiguracion* y la *Comunion de san Gerónimo*: despues de la invasion, fué devuelto á Venecia donde ocupó su antiguo puesto en la iglesia de San Juan y San Pablo. Aislado, santificado por el lugar y recibiendo la luz como lo dispuso el maestro, el *Martirio de san Pedro* produce una impresion profunda mezclada de admiracion y de terror; el alma mas fria se siente conmovida con aquel colorido ardiente, enérgico y armonioso, ante aquellas tres figuras tan perfectamente combinadas para pintar las tres pasiones esenciales del asunto que son: la crueldad, la angustia y el espanto. El lienzo tiene una altura de 18 piés, y las figuras son mayores que del tamaño natural.

EL DOCTOR BARNABÉ.

—¿Dios mio, qué es eso?

Esclamaron á un tiempo muchas personas que se hallaban reunidas en el comedor del castillo de Burcy.

La condesa de Moncar acababa de heredar, por la muerte, poco sentida, de un tio muy lejano, un antiguo castillo que no habia visto nunca á pesar de que no distaba sino unas quince leguas del sitio en que pasaba los veranos. Madama de Moncar, que era una de las mas elegantes, y aun de las mas hermosas mujeres parisienses, salia de Paris á fines de junio, para volver á principios de octubre, llevándose en su compañía al Morvan, algunas de sus amigas del invierno, y unos cuantos jóvenes escojidos entre sus mas constantes bailarines. Madama de Moncar estaba casada con un hombre de mucha mas edad que ella, y que no la protegia siempre con su presencia. Sin abusar demasiado de su libertad ilimitada, era coqueta con gracia, se divertia con poco, la gustaba el baile por el placer de verse celebrada, y se complacia en tener adoradores que recojiesen las flores que se caian de su ramillete, y cuando sus parientes la amonestaban por todo ello con gravedad, madama de Moncar respondia: —Déjenme ustedes reir y pasar la vida alegremente, lo cual es ménos peligroso que permanecer en la soledad contando los latidos de su propio corazon. Por mi parte, ni siquiera sé si tengo un corazon.»

Lo cierto es que la condesa de Moncar no sabia á qué atenerse con respecto á esto; y lo importante para ella era que este punto permaneciese siempre en duda durante su vida, evitando en el interin por prudencia, toda especie de reflexion.

Una hermosa mañana de setiembre, madama de Moncar y sus huéspedes se pusieron en camino con direccion al castillo desconocido donde contaban pasar todo un dia. El camino mas corto era de doce leguas, pero para eso era menester atravesar un bosque donde la comitiva se perdió, y donde se rompieron los carruajes, con lo cual nuestros viajeros cansados y poco satisfechos de la pintoresca belleza del camino, no llegaron sino al mediodia al castillo de Burcy, cuyo aspecto no debia por cierto consolarles de las penalidades del viaje. Era este un grande edificio con los muros ennegrecidos. Delante del peristilo se veia un huerto casi abandonado á la sazón, formando una cuesta, porque el castillo adherido los flancos de una colina no tenia en su derredor ningun terreno llano; por todas partes se veían

á su lado escabrosas montañas, y los árboles que crecian entre las rocas tenian un color verde oscuro que entristecia la mirada. Madama de Moncar se quedó como petrificada en el umbral de su viejo castillo, y esclamó:

—¿Sabeis que todo esto no me parece muy divertido, y que me están entrando ganas de llorar al ver esos lúgubres sitios? Sin embargo, hay árboles hermosos, empinadas rocas, y un torrente que mete mucho ruido; acaso todo eso no carece de cierta hermosura, pero ciertamente, mi carácter no es bastante grave para que me detenga en contemplarlo, —añadió sonriendo. —Entremos á ver el interior.

—Sí, veamos si el cocinero que salió ayer, ha llegado con mas felicidad que nosotros, —respondieron los convidados devorados por un gran apetito.

Bien luego adquirieron la certidumbre de que inmediatamente se iba á servir un abundante almuerzo, y en el interin, se pusieron á recorrer el castillo. Los antiguos muebles cubiertos con fundas usadas, las mesas cojas, los sillones idem, los discordante sonidos de un piano olvidado allí hacia veinte años, suministraron mil asuntos de chanza y diversion. Volvió á aparecer la alegría, y en vez de padecer á causa de los inconvenientes de aquella estancia tan poco confortable, se decidió que se reiria de todo. Por otra parte, aquel dia era un acontecimiento para toda aquella jente jóven y ociosa, era una campaña casi peligrosa, cuya originalidad iba picando un poco la imaginacion. Se intentó el encender la chimenea del salon, pero empezaron á salir por todas partes tales bocanadas de humo que cada cual echó á correr hacia el jardin. El aspecto que este presentaba no era ménos extraño; los bancos de piedra estaban cubiertos de musgo; las paredes de los terraplenes humedecidas por muchos sitios, habian dado nacimiento en sus grietas á mil plantas silvestres, que ora se lanzaban rectas y elevadas, ora caian á tierra como débiles enredaderas; las calles habian desaparecido con la yerba; los parterres reservados para las flores cultivadas, habian sido invadidos por las flores silvestres que crecen en cualquier parte donde el cielo deja caer una gota de agua, y un rayo de sol; el albolol blanco rodeaba y ahogaba al rosal de las cuatro estaciones; la zarzamora se veia mezclada con la roja grosella; el helecho, la yerba buena con sus suaves perfumes, y los cardos con sus corolas erizadas de espinas, crecian juntamente con algunos lirios olvidados. En cuanto los viajeros pusieron los piés en aquel sitio, una multitud de animaluchos asustados con aquel ruido desconocido, huyeron entre la yerba, y los pájaros salieron de sus nidos volando de rama en rama. El silencio, que habia reinado durante tantos años en aquel apacible sitio, hizo lugar al ruido de las voces y al estrépito de las alegres carcajadas. Nadie comprendió aquella soledad; nadie se sintió sobrecojido en ella, y por eso fué turbada y profanada sin respeto. Hicieronse infinitas narraciones de los diferentes episodios de las mejores *soirées* del pasado invierno, narraciones mezcladas de alusiones, miradas expresivas, cumplimientos ocultos, y en fin de esas mil pequenezas significativas que acompañan siempre las conversaciones de las personas que tratan de agradarse mutuamente en medio de la buena sociedad.

El mayordomo despues de haber errado en vano á lo largo de las paredes del castillo, buscando una campana que pudiese oirse á lo lejos, se decidió por fin á gritar desde lo alto del peristilo, que el almuerzo estaba en la mesa. La sonrisita con que acompañó estas palabras probaba que

estaba resignado como sus amos, á tomar el partido de faltar en aquel día á todas las reglas de la etiqueta. Todo el mundo se sentó á la mesa alegremente; y olvidando bien luego el antiguo castillo, el desierto en que se hallaba y la tristeza que reinaba en él, todos hablaron á la vez y bebieron á la salud de la condesa, ó por mejor decir de la hada que trasformaba con su presencia en un sitio encantado aquella desmantelada estancia. De repente todos los ojos se volvieron hácia las ventanas del comedor.

— ¿Qué es eso? — preguntaron todos.

Por delante de las ventanas del castillo se vió pasar y detenerse, una especie de calesín hecho de mimbres pintados de verde, con grandes ruedas, casi tan altas como el cuerpo mismo del carruaje, tirado por un caballito gris cuyos ojos estaban continuamente amenazados por las varas del calesín que se alzaban siempre en aumento como si quisieran elevarse al cielo. Por fuera del calesín salían dos brazos cubiertos con las mangas de una blusa azul, y un látigo que rozaba las orejas del caballito gris.

— ¡Ay Dios mío! — exclamó madama de Moncar, — he olvidado prevenirlos que me he visto en la precisión de convidar á almorzar al médico de la aldea, anciano que ha hecho antiguamente muchos servicios á la familia de mi tío, y que he visto, muy de prisa, una ó dos veces. No hay que espantarse con el huésped, aunque es bastante taciturno; después de los primeros cumplimientos, seguiremos como si no estuviere aquí, y por otra parte creo que su visita no durará mucho.

En aquel momento se abrió la puerta del comedor viéndose entrar en él al doctor Barnabé. Era este un viejecito delgado y achacoso con la fisonomía dulce y tranquila. Llevaba sus cabellos blancos atados por detras formando una colita como se usaba antiguamente. Su traje consistía en una casaca negra y calzones con hebillas de acero, y en el brazo traía una levita entretelada, de tafetan color de pulga. En la otra mano llevaba un gran bastón y su sombrero. El conjunto del traje del médico de la aldea manifestaba que aquel día se había esmerado en sus adornos, pero sus medias negras, así como su casaca, estaban cubiertas de grandes manchas de barro, como si el pobre anciano se hubiera caído en el camino en algún hoyo. El doctor se detuvo á la puerta, sorprendido sin duda al encontrarse en medio de tan numerosa compañía; al primer pronto su fisonomía manifestó un poco de asombro, pero al cabo de un instante entró y saludó sin hablar. Los convidados al ver aquella singular entrada estuvieron para soltar en coro una ruidosa carcajada, que cada cual trató de contener lo mejor que pudo. Unicamente madama de Moncar, como una señora de casa que no quiere faltar á la política, permaneció serena é impasible, y exclamó dirigiéndose al anciano:

— ¿Habeis tenido por ventura algun tropiezo, señor doctor?

Este, antes de responder, miró á toda aquella jente que le rodeaba, y por sencilla y sencilla que fuese su fisonomía, es imposible que no notase la hilaridad que había provocado con su entrada. Un instante después respondió:

— No, no ha sido nada. Vi caer á un pobre carretero entre las ruedas de su carreta, me apeé, y fui corriendo á levantárle.

Y al decir esto se dirigió á la única silla vacía que había quedado en torno de la mesa; tomó su servilleta, la desdobló, ató una de las puntas á un ojal de su casaca, y entendió lo demás sobre su pecho y rodillas.

Al ver aquello, los convidados apenas pudieron contener su risa mal comprimida, hasta que algunos cuchicheos rompieron el silencio. Esta vez el doctor no levantó los ojos.

— ¿Hay muchos enfermos en el lugar? — preguntó madama de Moncar, haciendo plato al recién llegado.

— ¡Oh, sí, muchos!

— ¿Los aires del pueblo no son buenos?

— Al contrario, no pueden ser mejores.

— ¿Entonces de qué provienen esas enfermedades?

— Del sol en tiempo de la cosecha, y del frío y la humedad en el invierno.

Uno de los convidados afectando la mayor gravedad se mezcló en la conversacion diciendo:

— Quiere decir que en este país donde los aires no pueden ser mejores, las enfermedades duran todo el año.

El doctor alzó sus ojillos grises para mirar á su interlocutor, y quiso como responder á la pregunta; pero madama de Moncar intervino con su amabilidad afectuosa.

— Ya sé, — le dijo, — que sois aquí la providencia de todo el que padece.

— ¡Oh! Mil gracias! — respondió el anciano, y se puso á comer con ansia un pedazo de pastel que acababan de echarle en el plato.

Entonces dejaron en paz al doctor Barnabé, y la conversacion volvió á seguir como antes de su entrada.

Si por una casualidad caían alguna vez las miradas de la concurrencia sobre el pacífico anciano, al instante deslizaban un ligero sarcasmo concerniente á él, que mezclado hábilmente con otras cosas, creían debía pasar desapercibido para el anciano. Y no era ciertamente porque todos aquellos jóvenes no fuesen políticos y atentos por naturaleza, como también bondadosos en el fondo de su corazón, sino que aquel día, el viaje, el almuerzo, la reunion, las risas que habían principiado con los acontecimientos del día, todo eso junto había provocado una alegría sin motivo llena de una ironía comunicativa, que les hacia mostrarse sin piedad para con la víctima que la casualidad les entregara. El doctor comió tranquilamente en apariencia, sin levantar los ojos, sin aplicar el oído y sin proferir una sola palabra, y creyéndole todos sordo y mudo, se acabó de almorzar alegremente.

Al levantarse de la mesa, el doctor Barnabé dió algunos pasos hácia atrás, para dejar á los caballeros la eleccion de las damas que debían acompañar al salón, y como hubiese quedado sola una de las compañeras de madama de Moncar, el médico de la aldea se adelantó hácia ella con timidez para ofrecerle no el brazo sino la mano. El doctor tocando apenas los dedos de la joven, y ligeramente inclinado en signo de respeto, se dirigió pausadamente al salón, y á pesar de las nuevas sonrisas que acogieron aquella entrada, la frente del anciano permaneció tan impasible, que fué declarado tan ciego, como sordo y mudo.

M. Barnabé, separándose de su compañera buscó la mas pequeña y modesta de todas las sillas del salón, se la llevó á un lado, lejos de todo el mundo; se sentó y colocó su bastón entre sus piernas apoyando su barba en las manos. En esta actitud contemplativa permaneció sumergido en el mas completo silencio, cerrando y entreabriendo los ojos, como una persona que empieza á verse acometida por el sueño.

— Madama de Moncar, — exclamó uno de los viajeros, — ¿creo que no habeis formado el proyecto de habitar estas ruinas y ese desierto?

— Sin duda ninguna; pero me temo que esos bosques

y matorrales no inspiren á M. de Moncar la idea de pasar aquí algunos meses de otoño, en tiempo de la caza.

— Pero entónces será necesario podar, arrancar y limpiar esos terrenos.

— Salgamos á trazar el futuro jardín de mis dominios, — exclamó la jóven condesa.

Estaba escrito que aquel día todo saldria mal. En aquel momento una preñada nube principió á derramar una lluvia menuda y sostenida, por lo cual fué imposible salir del salón.

— ¿Y qué vamos á hacer? — repuso madama de Moncar. Los caballos necesitan descansar algunas horas, y es casi seguro que tendremos agua para un rato. Esa yerba que lo cubre todo está tan mojada, que no podrá andarse un paso por ahí hasta dentro de ocho días; las cuerdas del piano están todas rotas; no se encuentra un libro en diez leguas á la redonda, y este salón está tan triste y frío que no se puede estar en él: ¿qué haremos pues?

En efecto, aquella concurrencia tan alegre hacia poco, iba perdiendo insensiblemente el buen humor. A los cuchicheos y carcajadas sucedió el mas completo silencio. Todos se acercaron á las ventanas á mirar el cielo sombrío por todas partes y cargado de nubes. Como toda esperanza de paseo se hizo imposible, los convidados se fueron sentando mal ó bien en los antiguos muebles. En vano se trató de reanimar la conversacion; hay pensamientos que, así como las flores, necesitan un poco de sol para brillar, quedan to en las tinieblas cuando el horizonte se halla oscurecido: todas aquellas jóvenes cabezas parecían doblegar-se á impulsos de la tempestad, como las copas de los álamos que se mecian en el jardín á voluntad del viento. Una hora se pasó de este modo.

Madama de Moncar un poco desanimada al ver aguada su fiesta, se distraía á lo lejos, apoyada languidamente en el marco de una ventana.

— Estoy viendo allí en aquella cuesta, — exclamó, — una casita blanca que voy á mandar echar abajo, porque tapa la vista.

— ¡La casa blanca! — repitió el doctor.

Hacia cerca de una hora que M. Barnabé se hallaba inmóvil en su silla. La alegría, el fastidio, el sol, la lluvia, todo se había sucedido sin haberle hecho proferir una palabra, tanto que ya se habían olvidado completamente de que estaba allí, por lo cual todos los ojos se volvieron repentinamente hacia él, cuando dejó escapar estas tres palabras; — ¡la casa blanca!

— ¿Qué interes teneis en esa casa doctor? — preguntó la condesa.

— ¡Oh! madama, no he dicho nada, la echarán abajo, si tal es vuestro deseo.

— ¿Pero por qué manifestais sentir que así se haga?

— Es que... es que ha sido habitada por personas á quienes he querido mucho... y...

— Y acaso volverán algun día, ¿no es verdad?

— Oh, no; hace tiempo que han muerto ya... murieron cuando yo era jóven.

Y al decir esto el anciano se volvió á mirar con tristeza la casa blanca que se elevaba en medio de los bosques, como una bellorita entre la yerba.

Hubo algunos instantes de silencio.

— Madama, — dijo uno de los viajeros acercándose á la condesa, — aquí hay encerrado algun misterio. Mirad que triste se ha puesto nuestro Esculapio. Algun drama paté-

tico ha tenido lugar allí, tal vez es una historia de amores; suplicad al doctor que nos la cuente.

— Sí, sí, — dijeron por todas partes, — que nos cuente una historia, una historia; y si el cuento no tiene interes, nos divertiremos con la elocuencia del narrador.

— No, no, señores, — respondió á media voz madama de Moncar; — si suplico al doctor Barnabé que nos cuente la historia de la casa blanca, ha de ser con la condicion de que nadie se ha de reir.

Despues de prometer todos el estar atentos, madama de Moncar se acercó al doctor Barnabé, y le dijo sentándose á su lado:

— Doctor, veo que unido á esa casa hay algun antiguo recuerdo que ha quedado presente en vuestra memoria: ¿tendriais inconveniente en decirnoslo? Sentiria mucho causaros ninguna pesadumbre, sobre todo siendo posible el evitarlo; así, si me decis porque amais tanto esa casa, prometo no hacerla derribar.

El doctor Barnabé aparentó alguna sorpresa y no respondió. La condesa se acercó mas á él y añadió:

— Mi querido doctor, ya veis el tiempo que está haciendo; todo está sumergido en la tristeza: sois el mas anciano de cuantos estamos aquí: contadnos una historia para hacernos olvidar la lluvia, la niebla y el frío.

M. Barnabé miró á la condesa en el colmo del asombro.

— No hay historia ninguna que contar, — dijo; — lo que ha pasado en la casa blanca es bien sencillo, y no tiene interes mas que para mí, que conocia á los jóvenes que la habitaban; los demas no pueden llamar una historia lo acaecido. Por otra parte, yo no sé hablar seguido cuando se me escucha, y ademas seria muy triste lo que tengo que contar, para personas que han venido aquí á divertirse.

Y dicho esto, el doctor apoyó nuevamente su barba en las manos.

— Mi querido doctor; os he dicho que dejaré en pié la casa blanca, si me decis el interes que teneis en ello.

El anciano se conmovió algun tanto; cruzó y descruzó sus piernas, sacó su caja de tabaco, la volvió á meter en el bolsillo sin abrirla, y dijo á la condesa, señalando con su mano descarnada la casita que se descubría en el horizonte:

— ¿Conque no la mandaréis echar abajo?

— Os lo prometo.

— Pues entónces, haré lo que me pedís, por ellos; salvaré esa casa donde vivieron tan dichosos.

— Señores: — continuó el anciano, — no sé hablar bien, pero creo que cualquiera logra hacerse entender, cuando cuenta lo que ha visto. La historia no es alegre, ya os advierto de antemano. Ya sabeis que se llama á los músicos cuando se quiere cantar y bailar, pero nadie se acuerda de los médicos sino cuando se padece ó muere.

Al instante se formó un corro en torno del doctor Barnabé, quien, con las manos cruzadas sobre el puño de su baston, principió con voz severa la narracion siguiente, en medio de un auditorio que se proponia reirse bien á sus espensas.

(Se continuará.)

COSTUMBRES DE LA CHINA.



Interior de la casa de un mandarín en Pekín.

Las costumbres de este pueblo singular no se hallan ya rodeadas de aquel misterio impenetrable que, hasta hace pocos años, tenía á la China tan separada del resto de la tierra como lo están los planetas. En estos últimos tiempos la Europa ha abierto muchas brechas en la *gran muralla*, y miradas profanas penetran en el *Celeste Imperio*. Cada día se presentan nuevas ocasiones de conocer mas y mas ese país. Los siguientes pormenores están tomados de la obra de M. Dobel titulada *Siete años en la China* :

« Las casas de los chinos pudientes se componen de un gran número de aposentos espaciosos y bien alumbrados por medio de ventanas abiertas por el lado de la fachada y á veces en los costados de la casa, estando situadas en medio de grandes y hermosos jardines adornados con un gusto esquisito; el terreno presenta un aspecto muy pintoresco con sus cascadas, kioscos, puentes, senderos y otros mil ornatos sembrados con profusion en él. En ninguna parte como en la China, se halla tan adelantado el arte de disponer los jardines de recreo. Entre los diferentes medios que usan los chinos para engañar al paseante en el sitio que recorre, pueden colocarse en primera línea los sinuosos senderos que serpentean de mil modos, viniendo luego los laberintos de diversas especies dispuestos de manera que forman caminos y encrucijadas de donde es muy difícil salir sin un guía.

» Nada puede dar una idea mas aproximada de los jardines

encantados de Aladin, que la vista de un jardín chinesco iluminado con vasos de color, cuyas variadas luces se reflejan hasta lo infinito en las cascadas y en las fuentes rodeadas de esmaltadas flores. »

LA VIRTUD DEFINIDA POR PLATON.

Platon ha sostenido siempre la unidad de la virtud, y nosotros podemos añadir, por la observacion, que todas las acciones virtuosas, sean cuales quieran, tienen un carácter comun, por el cual podemos reconocerlas y clasificarlas bajo la idea jeneral que las representa. Pero Platon al establecer la unidad de la virtud, distingue en ella cuatro partes, y á veces cinco.

Estas partes de la virtud son, la prudencia, el valor, la temperancia y la justicia á que Platon añade tambien la santidad, y con mucha razon.

La prudencia consiste ánte todo, en saber tomar medidas prudentes, en proporcionar los medios de alcanzar el fin que uno se propone, en conocer claramente cuál es ese fin, que no puede ser nunca mas que el bien, por variada que sea la forma en que se presente, y por último en marchar por las sendas conocidas. El consejo no es provechoso si la ciencia no le preside y acompaña. La ignorancia no conduce mas que á los abismos, y solo la ciencia puede darnos esa infalible luz que debe asegurar nuestros pasos.

Así pues, la prudencia nos conduce y conserva, siendo la primera de todas las virtudes, porque solo ella presta al hombre como al Estado esa duración indispensable sin la cual es imposible que nada se lleve á cabo.

El papel del valor no es ménos claro é importante, considerando el carácter verdadero que debe tener; el valor en el alma del hombre no es mas que esa fuerza que guarda constantemente la opinion justa y legítima sobre lo que se debe ó no temer, sin abandonarle nunca, tanto en el dolor como en el placer, en el deseo ó el miedo. A la vista de un peligro material ó moral, exterior ó interior, el hombre verdaderamente valeroso, arrostra el peligro con constancia, sabiendo que es vergonzoso huirle, y que se está en el deber de hacerle frente. La educacion y el hábito, mas bien que la naturaleza, dan al corazón del hombre ese fuerte temple que conserva durante su vida y que resiste á toda prueba.

La temperancia, que tan bien se une con el valor, es el imperio que uno ejerce sobre sus pasiones y placeres. El hombre sobrio es aquel que es dueño de sí mismo, y que sabe hacer predominar la parte razonable de su ser, sobre la parte inferior y bruta, hecha para obedecer y someterse. La temperancia es un modo de ser muy arreglado, una especie de acuerdo y armonía, que deja todas las cosas en sus justos y saludables límites, y que no solamente precave del mal evitando el abuso, sino que hasta sabe imponer límites al mismo bien, al valor y á la prudencia, impidiendo el que se cambien en contrarios, por medio de la exajeracion.

La justicia es aquella virtud que consiste en dar á cada uno, y hasta á cada cosa, lo que le pertenece y le es debido. ¿Cuál otra es la misión de los magistrados y jueces, que la de impedir que nadie en la sociedad se apodere del bien ajeno, ó le priven del suyo? La justicia en el individuo es, pues, la exacta relación que éste debe establecer entre sí y sus semejantes, sus hermanos, es decir la conducta equitativa para respetar los derechos ajenos, y hacer que se respeten los propios.

Por consiguiente la justicia es la virtud social por excelencia; es el fundamento y el lazo de toda sociedad. Las demás virtudes apénas se practican fuera del alma del individuo y en beneficio propio, pero la justicia se ejerce en interés de todos, siendo ella quien establece y consolida las relaciones de los hombres entre sí. Se puede ser prudente, valeroso y sobrio para sí, pero no se puede ser justo sino con los demás. Sin duda no es la justicia la sola virtud social, pero es la mas esencial y necesaria. Puede completarse con virtudes ménos austeras y mas dulces, pero es indispensable, y el Estado que la desconoce está bien cerca de su decadencia y de su muerte.

Por último, la santidad completa en cierto modo la virtud del hombre, porque si el hombre tiene deberes y relaciones consigo mismo y con sus semejantes, mas tiene todavía con Dios, y la virtud que olvida y descuida la piedad, es una virtud problemática y oscura, porque ignora de donde viene, y corre mucho peligro de perderse en el difícil camino de la vida, donde el pensamiento de Dios no la sostiene.

Así, pues, santidad, justicia, temperancia, valor y prudencia, tales son los principales elementos de la virtud. Una sola de esas nobles cualidades basta para que el hombre perezca y pueda creerse virtuoso; todas juntas y reunidas constituyen esos raros y sobrehumanos personajes que son inmortalizados por el respeto y la admiración de los pueblos

EL DESTINO DE UN ARBOL.

Sobre todo cuanto toca, ó se le acerca, el hombre deposita algo de su propia existencia; yo no sé qué misterio: a cadena enlaza nuestros destinos con los de los objetos materiales: diríase que éramos todos pasajeros de un mismo viaje.

¡Cuántos hechos de la vida humana pueden referirse á ese madero ardiendo, ahí, en la chimenea, que me calienta é ilumina con su brillante resplandor! ¡Cuántos intereses, cuántos sentimientos, se agrupan en torno de su historia, si pudiera seguirse desde su nacimiento hasta este día en que ha venido á consumirse á mis pies! Primeramente fué serrado y cortado por desgraciados trabajadores que esperaban acaso el módico salario del día para llevar un pedazo de pan á su familia. Un pobre carretero, otro esclavo del trabajo, le condujo desde el almacén hasta mi puerta, necesitando también el producto del día para preservarse del hambre. El carbonero, especulador, vió en las pilas de esos maderos los elementos de su fortuna y los escudos de la dote de sus hijas. El propietario que vendió la corta de leña, contaba con su producto para colocar su dinero, componer su casa, comprar una heredad ó un pedazo de bosque contiguo al suyo. A veces ese árbol cuyos restos arden á mis pies, ha visto pasearse á su sombra al propietario, á su mujer, sus hijos ó sus amigos. ¡Quién sabe, si, habitante solitario de nuestras montañas, no ha cobijado bajo sus hojas dulces sueños de amor! Sinceras lágrimas acompañaron su caída, porque siempre es amado el árbol que se ha visto desde la infancia; siempre hay ligado á él algun recuerdo; es un conocimiento que se vuelve á hallar con placer, y que no se pierde sin sentimiento: forma una parte necesaria de los sitios en que hemos vivido, y el dominio paternal se pone tristemente desconocido, cuando se arranca el manzano de la huerta, el álamo de la verja, la encina grande, ó el alto abeto del parque. Ese madero, casi enteramente consumido ya ¿ha representado su papel en las costumbres y en las amistades de la familia? ¿ó se halló confundido como los hombres en sociedad, entre los árboles oscuros que han sido útiles y nada mas? Mas curiosos serian sus anales que las memorias de muchas personas que se creen importantes.

¿Qué se han hecho todos aquellos cuya vida está ligada á la de ese árbol por algun interés ó algun recuerdo? Acaso todos reposan ya reducidos á frío polvo, como ese madero que dentro de un instante no será mas que un poco de ceniza y de humo.

A. GRUN. — (Una hora de soledad).

SIMPLIFICACION DE LA VIDA.

¿Queréis ser dichosos en este mundo? Tratad de simplificar vuestra vida.

No marcheis con los ojos fijos hácia muchos objetos á la vez. Aplicaos á escojer el mejor, es decir, aquel que os designen como mas adecuado á vuestros alcances, los consejos de las personas que os amen, las circunstancias y vuestras propias fuerzas; y despues de haberle elegido, perseverad en él, caminad para alcanzarle, sin precipitacion, pero sin tregua, y sin emplear otros medios que los que dicta una conciencia pura, y siguiendo un solo camino, el mas directo.

No permitais, en tanto que os sea posible, que penetren

en vuestras almas largas incertidumbres; aquellos que se mecen en las nubes, no pueden ser dichosos. Considerad con atencion, y una por una todas vuestras dudas, y no dejeis pasar ninguna sin haber apurado todos los medios de disiparla y destruirla; ateneos siempre á las causas.

Reducid el número de vuestros deseos y pasiones lo mas que os sea posible. Cojed el hacha y arrancad toda rama inútil, que el tiempo se encargará de cicatrizar sus heridas.

No busqueis vuestros placeres sino en las cosas simples, profundas y eternas. Amad á la naturaleza: ¡Dichoso aquel que no se cansa de admirar la hermosura de los campos y de las selvas, las magnificencias de la luz y de las nubes, y los apacibles esplendores de un estrellado cielo! No ameis en las artes ni en las letras, nada que no sea verdaderamente bello. No os alucineis con los aplausos pasajeros que un gusto equivoco concede á veces á lo mediano, á lo amanerado y á lo falso. Cultivad en vuestro interior las generosas curiosidades de la intelijencia. Conservad con un prudente respeto el misterioso hogar del entusiasmo por lo bello, lo justo y lo verdadero, porque en esto reside nuestra real é inagotable riqueza.

No tengais mas que un corto número de amigos, y soportad sus imperfecciones como ellos soportan las vuestras. Queredlos con sinceridad, y sedles fieles. La mas sólida base de la felicidad, estriba en las afecciones honrras y experimentadas.

Si el poeta sabe hallar en las reglas del arte una segunda naturaleza, y sabe aplicarlas, como hace naturalmente un hombre bien educado con las reglas de la moral, entónces su imaginacion adquirirá su debido poder y libertad.

SCHILLER.

No hableis nunca de vuestra dicha á un hombre infortunado.

PLUTARCO.

Las flaquezas retrasan, las pasiones estravian y los vicios destruyen.

SAINT-MARTIN.

LA HIDROPOTA.

El doctor don Jaime Ardebol, catalan, hizo honor á su país por sus conocimientos, tanto como por sus demas distinguidas circunstancias, y á él se debe el descubrimiento y construccion de una máquina para la elevacion de las aguas, á la cual denominó con exactitud *Hidropota*: bebedora del agua.

Su teoría es tan sencilla como su ejecucion. La presion atmosférica es un agente constante y gratuito. Construido un recipiente á los 28 piés de altura á que alcanza la accion de la dicha presion, verificado en él el vacío por medio del vapor por un procedimiento facilísimo, un tubo de comunicacion con el agua lo llena instantáneamente, y la ascension se reproduce con toda la celeridad que se necesita.

Una segunda operacion eleva simultáneamente el agua á otra igual altura; de modo que sucesivamente puede hacerse ascender ilimitadamente, como se probó en Gibraltar hasta regar la cúspide de se enseñoorea el celebrísimo cañon llamado Boca negra.

El doctor Ardebol que hubo de emigrar en la década del 23, no tuvo ocasion de jeneralizar su invento, aunque en Gibraltar fué admirado y aplaudido. — Pero un amigo suyo que conoce todos los detalles se propone hacer conocer y

jeneralizar un mecanismo que tan importante puede ser para multiplicar el regadío en las hermosas vegas de nuestra Península.

DE LA PINTURA DE FLORES.

Hay fundados motivos para creer que los antiguos brillaron en la pintura de flores.

En las ruinas de Pompeya se han encontrado plantas y flores, en pinturas ó en mosaico, citándose entre las mas notables unas que habia pintadas al fresco en las paredes de un patio ó jardinillo.

Las elegantes formas de los jarrones de la antigüedad, están casi todas tomadas de los cálices ó corolas de las mas bellas flores.

En la edad media se adornaban las miniaturas con flores imitadas por lo regular, aunque sin embargo habia algunos *iluminadores* que las pintaban como verdaderos artistas. La Biblioteca nacional de Paris posee un libro de devocion manuscrito que perteneció á Ana de Bretaña, reina de Francia. Los dos tercios de la anchura de cada página se hallan ocupados por una orla dentro de la cual se ven las mas hermosas flores pintadas con tanta perfeccion que los mejores artistas de nuestros dias podrian difícilmente sobrepasar. El autor de esa maravilla de paciencia fué probablemente algun pobre religioso del siglo XV.

Desde tiempo inmemorial los persas, chinos y japoneses introdujeron las flores en los dibujos de sus telas y papeles pintados; la porcelana de la Chira y del Japon casi siempre está adornada de flores.

Cuando el descubrimiento del Nuevo-Mundo, se vieron flores pintadas y esculpidas con arte en los monumentos religiosos. Los españoles, bastante diestros en aquel tiempo en el arte de trabajar los metales preciosos, se sorprendieron hasta lo sumo al ver la superioridad de la platería mejicana; la Europa no tenia nada que fuese comparable á las colecciones de flores figuradas en plata y oro que adornaban el parterre de los reyes de Cuzco.

En los siglos XVI y XVII artistas de primer rango consagraron su mérito á la pintura de flores en Italia, en Holanda y en Francia.

Nuestro grabado representa una de las obras mas estimadas de Van-Huysum. La escuela holandesa produjo, ántes de este, algunos otros pintores de mucha nota en el mismo jénero, como David de Hem. Los contemporáneos de Van-Huysum, para esplicar lo acabado de su admirable trabajo, pretenden que sus conocimientos químicos le hicieron descubrir colores de un brillo particular, y que su secreto murió con él, sin saberlo siquiera sus cuatro hermanos, que tambien fueron artistas distinguidos.

La Francia, algun tiempo despues, no tuvo nada que envidiar á la escuela holandesa; los Mignon y los Monnoyer igualaron á Van-Huysum. El Museo posee muchos cuadros de Mignon, pudiéndose admirar en el Trianon la obra maestra de Monnoyer.

Van-Os, desprovisto de la instruccion primera, estudió la pintura de flores y sobresalió en este jénero, sin otro maestro que la naturaleza. Al mismo tiempo adquirió tambien una grande instruccion en botánica, siendo uno de los primeros aficionados á la horticultura en una época en que tantos se ocupaban de lo mismo en Francia. Van-Os murió en 1818, despues de haber formado un crecido número de discípulos, aunque no enseñó publicamente.



Un jarrón de flores, por VAN-HUYSUM.

El pintor de flores mas célebre, despues de Van Spaendonck, fué Redouté que principió su carrera pintando decoraciones, de lo cual se resintió despues algun tanto en todas sus obras.

En nuestros dias la pintura de flores se cultiva con buen éxito por varios artistas y con particularidad por las mujeres, pero sin haber producido hasta la fecha nada bien notab'e.